

# Lucrecia Ramírez Restrepo

Medica Psiquiatra. Profesora Facultad de Medicina.

Coordinadora Grupo de Salud Mental de las Mujeres, Universidad de Antioquia

## El sentido del sinsentido de las primeras damas

Es indudable que la “primera dama” es un vestigio patriarcal en el lugar simbólico de la gente del común en pleno siglo XXI. El reclamo social por un despacho de la Primera Dama sigue vivo, se siente y se expresa, y si la mujer de marras se niega a participar de esa dinámica, mucha gente lo considera una contrariedad, una falla en el sistema social de lo público. Se asume como obligatorio en una buena parte de la comunidad y se desconocen totalmente las condiciones de su ejercicio.

Por otro lado, de manera simultánea ocurren tres hechos curiosos por decir lo menos y que, según mi opinión, reflejan por su parte la relación problemática que existe entre mujer y poder. Los burócratas las temen, las feministas las desprecian y el pueblo las necesita. Los dos primeros, que quieren tener poder, se plantean una relación negativa con ellas. Mientras tanto, aquellos desposeídos del mundo, que claman por derechos, recursos y oportunidades, las respetan y las buscan porque las necesitan. Los sanedrines de burócratas las envidian porque literalmente se acuestan con el poderoso y le hablan al oído; las combaten bajo la mesa, en alianzas turbias tratando siempre de minimizar su trabajo e impacto. Las feministas, mujeres con conciencia de género, que

son parte de movimientos sociales, las consideran ridículas, superfluas, dedicadas a actividades vacuas, y si en sus manos estuviera, no existirían. Mientras que el pueblo -carente de recursos- establece con ellas una relación de necesidad y dependencia. Por eso no es incoherente que sus temas habituales sean las poblaciones vulnerables: infancia, vejez, discapacidad y las víctimas de eventos catastróficos sociales o naturales.

En ese mismo sentido, el lugar que ocupan en el plano de lo real es igualmente complicado, como si fuera una extensión de lo que ocurre en el espacio doméstico, que para las mujeres de la modernidad es todavía un lugar donde se están dando las luchas más cruentas por la autonomía y la dignidad. Al mismo tiempo que se espera todo de ellas, carecen de recursos propios. Generalmente sus colaboradores son prestados de otras instancias gubernamentales y la plata para sus “proyecticos” -es común que sean vistos así-, la tienen que pedir a diario como se hace para la lista del mercado en el hogar más tradicional.

Es muy raro encontrar un mandatario que viva en pareja sin su “primera dama” a bordo, en pleno ejercicio de su papel. Y si no tiene pareja, habitualmente alguna mujer de su familia lo asume. Con los avances imparables de las mujeres en el mundo, que se supone rompen estereotipos y maneras de vivir, no es explicable a primera vista que existan tantas todavía

en ese rol, que se presume y es en realidad -lo afirmo con conocimiento de causa-, un lugar muy peligroso para la autonomía femenina, pero también -lo afirmo sin miedo a equivocarme-, un espacio social de mucho poder e impacto. Lo que pasa es que, como en el trabajo doméstico, se centra en el cuidado, y no se valora ni se mide.

Para tratar de ajustarse a los tiempos modernos, los gobiernos les cambian el nombre, como por ejemplo en el gobierno anterior cuando las llamaron “gestoras sociales”. Esto hacía alusión a lo que es palpable en los pequeños pueblos de Colombia: que no tienen recursos suficientes para crear las secretarías que conforman lo que se denomina el “gabinete social”: Desarrollo Social o Comunitario y Bienestar Social. Las primeras damas, casi todas profesionales en ejercicio en la actualidad, renuncian a sus trabajos para irse a trabajar con el alcalde y apoyarlo en los temas sociales. Sin salario, sin prestaciones sociales, y generalmente, como en la casa, sin horario y sin fecha en el calendario. Incluso en la Constitución de 1991 se consagra la prohibición de nombrarlas en algún cargo que dependa directa o indirectamente del mandatario. ¡Pero tampoco se prohíbe que participen gratuitamente! Incluso la Corte Constitucional en 1994 ratificó que “la primera dama ostenta la calidad del ciudadano particular frente a la administración pública”, pero al mismo tiempo, según el artículo 188, “la primera dama encarna simbólicamente junto con el Presidente de la República, la unidad nacional”.

Todo lo anterior: vestigio patriarcal, mujer incómoda, mujer mariana, mujer doméstica en lo público, gestora del gabinete social y encarnación de la unidad nacional, apunta al sinsentido de las primeras damas y sería argumento más que suficiente para que se suprimiera ese “cargo”. ¿Por qué entonces mujeres como Michelle Obama, Letizia Ortiz, Hillary Clinton, Carla Bruni o Ana Milena Muñoz, que tienen profesión y oficio, reconocidas y exitosas, que han sido autónomas, libertarias, han participado de

este sinsentido? Precisamente por sus características vislumbraron un sentido y participaron como “primeras damas” en el mandato de sus maridos.

El primer sentido es que encuentran que aquello que saben hacer muy bien, entronca perfectamente con las necesidades de la población. Cuando se ejerce una ciudadanía plena las condiciones de la gente importan. Punto. Y si además, en una posición de privilegio, se han recibido oportunidades de educación y ejercicio profesional óptimo, la entrada del marido a un cargo público de elección popular de primera línea es una oportunidad única para aprovechar la inevitable visibilidad pública con la subsecuente voz que se le adscribe. También para participar en primera línea de la aventura de lo público, al lado del hombre que se ama, maximizando tiempos, esfuerzos y capacidades para el servicio a la gente cuando se despierta la necesidad y se considera que se puede ser útil.

Además de la utilidad práctica, un segundo sentido es que esa oportunidad única se puede constituir en sí misma en un modelaje social invaluable en el plano simbólico. En ese lugar, así como todavía se ven mujeres anodinas que reivindican un lugar de silencio, abnegación y sombra, también a cada paso, y cada vez más frecuentemente, vemos mujeres con fuerza, independencia, conocimiento y sobre todo autonomía para dedicarse a lo que les gusta y saben, aún en medio de los riesgos y costos que se pagan. Esas en el plano simbólico sí que son necesarias todavía: representan las nuevas subjetividades femeninas, rompen moldes, no se empeñan en apaciguar temores patriarcales connaturales a la posición que adoptan frente a la ciudadanía y sobre todo, para las nuevas generaciones de mujeres, significan otros paradigmas de talento y autonomía que compiten con el escenario, ese sí vacío, de la belleza de reinas y modelos.

Un tercer sentido se aloja en las entrañas mismas de la relación de pareja. En ese lugar social se pueden

ejercer tres funciones de manera simultánea. La de “florero” como mero objeto decorativo que adorna. Función espantosa en la que se pierde tiempo, dinero y energía vital. Es duro ser objeto de la mirada de otros para complacer su necesidad de emociones sociales porque carecen de gratificaciones intelectuales, sexuales, estéticas, artísticas y lúdicas. La segunda función, la de “compañera”, que hombres y mujeres necesitamos en los espacios sociales porque nos “lubrica” los encuentros, es más feliz. Porque contribuye de manera inesperada al afianzamiento de la pareja concebida como el lugar relacional de la seguridad, solidaridad y cuidados mutuos. Esos momentos de complicidad en situaciones de altísima demanda de habilidades sociales son únicos y privilegio de muy pocos. Pero la función de “gestora”, la tercera, es la mejor si realmente se tiene claridad y conocimientos con respecto a lo que se quiere y puede hacer y se sabe de la circunstancia de figura pública y sus alcances. Condición *sine qua non* para que no represente un peligro para su autonomía y bienestar dado que no fue electa, es que el compañero respete y valore sus capacidades y realmente participe de la idea de tener al lado una mujer-sujeto y no

una mujer objeto y que no la abandone en su tarea, porque al fin y al cabo, y tendrían que reconocerlo algún día, así como otras personas y sectores, el trabajo que se hace es muy valioso.

Como se ve, es un tema que tiene mucha tela para cortar. Desde el punto de vista de la sociedad en general y en ciertos ámbitos en particular sobran pero son útiles. Son temidas pero inevitables por ahora. Denostadas pero necesarias. Y la mayoría de ellas inteligentes, autónomas y capaces como una cantidad de mujeres en este siglo, forman parte de una transición social y se constituyen en referentes, nos gusten o no nos gusten. Por eso, creo yo, como en el espacio doméstico, debemos ser muy inteligentes en la actualidad para aprovechar un espacio patriarcal que ha sido lesivo para la subjetividad de las mujeres pero que puede ser usado a nuestro favor. Podemos convertirlo y resignificarlo, y de facto muchas mujeres lo hemos hecho, con atributos empoderadores como conocimiento, habilidades de liderazgo, honradez, fortaleza, capacidad de trabajo, actitud crítica y sobre todo autonomía. Es decir: darle sentido al sinsentido.